

## “LES ABRIÓ EL ENTENDIMIENTO”

En este domingo se nos recuerda, como comienzan, los Apóstoles, a dar testimonio de Jesús Resucitado. Han curado al paralítico en nombre de Jesús Resucitado. Se dan distintas reacciones sobre el hecho. Unos se admiran y los buscan. Otros, al afirmar que lo hacían por la fuerza del Resucitado, los persiguen y les prohíben predicar en nombre de Jesús. Los apóstoles se juegan su vida -y la pierden- por defender la resurrección ante los testigos de la crucifixión y muerte. Y lo proclaman con valentía. Pedro, vemos cómo contextualiza lo ocurrido en la escritura e incluso cómo toma la postura de Jesús en la Cruz, perdonar por ignorancia. Viene muy bien leer el pasaje despacio y ver y reflexionar sobre el discurso de Pedro.

El trozo del Evangelio de San Lucas, es una pedagogía de las experiencias decisivas de la presencia del Viviente, Jesús el crucificado. El mencionar el reconocimiento, que hicieron los discípulos de Emaús al partir el pan, es como una introducción sugerente para dar a entender que el resucitado se «presenta» en momentos determinados entre los suyos con una fuerza irresistible.

Los discípulos pasan las **situaciones de miedo, sorpresa y alegría antes de llegar a la fe o para pasar a la fe**. No podían “creer”, que Jesús se había hecho presente, pensaron que lo que veían era un fantasma. La alegría de verle, palpar sus manos y pies impedía su fe, era una maravillosa ilusión. Fue necesario que **se abriera su entender**, captar que lo sucedido estaba anunciado en la Escritura y Jesús mismo se lo había anunciado a ellos, para llegar a la fe. Así logran pasar del signo a lo que se significaba. De la evidencia sensible a la fe. Que es fe ante el misterio.

Jesús no es un fantasma, enseña sus heridas, come con ellos... pero no se puede tocar como una imagen; pasa a través de las puertas cerradas. Hay una apología de la resurrección de Jesús: el resucitado es la misma persona, pero no tiene la misma “corporeidad”. La resurrección no es una “idea” o un invento de los suyos.

Esta forma simbólica, de presentar las cosas, pretende afirmar una realidad profunda: el Señor está vivo; las experiencias que tiene con los discípulos les fascinan, para convencerles que ahora les toca a ellos proseguir su causa, anunciar la salvación y el perdón de los pecados. Creer en la resurrección de Jesús sin estas consecuencias sería como creer en cosas de espíritus. Pero no se trata de eso, sino de creer en la realidad profunda de que el crucificado está vivo, y ahora les envía a salvar a todos los hombres.

No podemos olvidar que las apariciones pertenecen al mundo de lo divino, no al de las realidades terrestres. Lo divino, es verdad, puede acomodarse a las exigencias de la "corporeidad" histórica, y así lo experimentan los discípulos. Pero eso no significa que, de nuevo, el resucitado da un salto a esta vida o a esta historia. Está claro que tuvieron experiencias reales, pero el resucitado no ha vuelto a la corporeidad de esta vida para ser visto por los suyos. El texto tiene mucho cuidado de decir que Jesús es el mismo, pero su vida tiene otra corporeidad; no la de un fantasma, sino la de quien está por encima de la "carne y la sangre".

Debemos ser valientes para "predicar y proclamar" que las apariciones de Jesús a los suyos no pueden ser entendidas como una vuelta a esta vida para que los suyos lo reconocieran. Se hizo presente de otra manera y ellos lo experimentaron tal como eran ellos y tal como sentían. Esto es lo que pasa las experiencias extraordinarias en las que Dios interviene. Jesús no podía comer, **porque un resucitado, si pudiera comer, no habría resucitado verdaderamente.**

Las comidas de las que se habla en el texto hacen referencia a las comidas eucarísticas en las que recordando lo que Jesús había hecho con ellos, ahora notan su presencia nueva. En definitiva: la "corporeidad" de las apariciones de Jesús a sus discípulos no es material o física, sino que reclama una realidad nueva como expresión **de la persona que tiene una vida nueva y que se relaciona, también, de forma nueva con los suyos.** Esta capacidad nueva de relación de Jesús con los suyos y de éstos con el resucitado es lo que merece la pena por encima de cualquier otra cosa. Esto es lo que nosotros tenemos que experimentar: El Resucitado nos impulsa una vida nueva.

Un signo que fortalece nuestra fe en el Resucitado es sentirnos hermanos, es decir: cuando compartimos lo que somos y tenemos, Otro es hacer vida la fe. Es así como llegamos a conocerlo, afirma Juan. La fe se fortalece, viviendo de acuerdo con lo que ella nos pide. En fin, nuestra fe en Jesús resucitado se manifiesta, y se fortalece, en el esfuerzo continuo por seguirle. Cuando nos familiarizamos con su evangelio, cuando acomodamos nuestra vida a la suya, cuando mantenemos la confianza en un Jesús que sigue presente en nuestra historia, la colectiva y la individual, tenemos fe en el Resucitado. Esto nunca será perfecto. Por el contrario, con numerosas limitaciones. Pero siempre nos queda lo que pide Pedro a quienes le escuchan "arrepentíos y convertíos..."